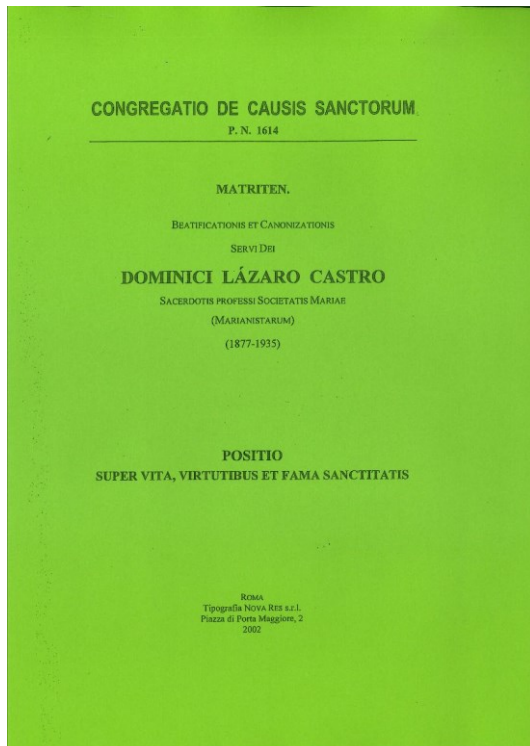


El P. Domingo Lázaro, ¿un pesimista esperanzado?

Resulta curioso ver que, en la *Positio* de la causa del P. Domingo Lázaro, tras el desarrollo de la virtud de la esperanza, existe un *excursus* sobre su pesimismo. Bastantes personas que lo conocieron consideraban que era una persona pesimista, debido a los tintes negros con los que describía ciertas situaciones. Él mismo lo sabía, y en ocasiones llegó a firmar algunos escritos irónicamente con el seudónimo de “el pesimista”.

El P. Domingo fue un hombre de gran inteligencia y perspicacia, que sabía analizar la realidad con profundidad y siempre reivindicó la necesidad de una mirada realista sobre el mundo. Dirá: “mi pesimismo es más bien realismo”. Aludiendo al informe que había mandado al Capítulo General de 1920 escribió en una de sus cartas: “Mis 29 páginas de pesada prosa quizás os parecerán demasiado pesimistas. Son sinceras”. No se contentaba con una mirada superficial y nunca se dejó engañar por las apariencias. En una carta de 1932 referida a la situación de España afirmaba: “Y todo ello viene a darme la razón en mi pesimismo de siempre acerca de la fórmula ‘la católica España’ (...) Y ahora palpamos entre nosotros la superficialidad del optimismo del querido P. Provincial”.



Sabemos que el P. Domingo sufrió una salud frágil durante toda su vida, y que, quizá por eso, se sentía con frecuencia débil psicológicamente. Escribe, por ejemplo, en 1917, en su segundo año como Provincial de España: “Otro asunto que me preocupa: es el estado de mi propia salud. Mis pobres nervios, no muy fuertes, se excitan por las sacudidas tan variadas propias del cargo. El hígado hace de las suyas; las digestiones se hacen mal y el sueño huye de mí. Por todo ello no es esto, precisamente, lo que se requiere para llevar a buen fin los asuntos

delicados, ni para resolver los problemas tan serios del personal ". El P. Domingo no era una persona de talante natural enérgico y entusiasta.

¿Dónde está, entonces, la esperanza de este venerable hermano nuestro? El P. Domingo nos muestra con claridad qué es y qué no es la esperanza de la que hablamos. No es un optimismo superficial, ni una mirada que esconde o no quiere ver la complejidad de la realidad con sus elementos también negativos. No es un estado de ánimo psicológico o un sentimiento.

La esperanza es una actitud, una virtud, una disposición permanente, un modo de vivir que brota de la relación con Dios. Es una confianza en la presencia y en la acción de Dios que, lejos de eximirnos de nuestra responsabilidad en la vida, la impulsa y la sostiene. Un laico, estrecho colaborador del P. Domingo en el campo de la educación católica, se expresaba así en su declaración para la causa de beatificación: "El Siervo de Dios afrontó las situaciones difíciles para la enseñanza católica no solo con espíritu de fe heroica, sino que buscaba soluciones. Y era consciente de que tenía que poner su confianza en Dios y también en la Santísima Virgen, de quien él era muy devoto. Y era consciente de que tenía que poner todos los medios que tuviera a su alcance, como recibidos de Dios. Y esa confianza que él tenía de que los problemas se podían resolver, nos la inculcaba a nosotros".



El mismo P. Domingo manifiesta esta actitud en sus cartas, tanto refiriéndose a su situación personal como a la de la sociedad en general. Recién nombrado Provincial escribe: “De mi nueva situación me limitaría a decir que humanamente hablando es horrenda y que, no pudiendo hablar sin murmurar, es preferible callar. Rece mucho por mí, para que la Esperanza de los desamparados [la Virgen María] me ilumine y me saque del atolladero en el que el Buen Dios ha permitido que se me meta”. Y en 1920 escribe al Superior General: “Los tiempos son difíciles para todos y esto nos obliga naturalmente a reconocer cada vez más la pequeñez de los hombres y a ponernos filialmente en las manos de Dios”.

El P. Domingo Lázaro nos muestra que la pregunta no es si somos optimistas o pesimistas, o si la realidad nos es favorable o no. Nos dice también que la esperanza no es nunca ingenuidad. Y tampoco es pasividad. Nuestro hermano nos anima a vivir el presente con lucidez y proactividad, confiando siempre en que “nada nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús”. Esta es la esperanza que no defrauda.